www.elboomeran.com

Herman Melville

CARTAS A HAWTHORNE

SEGUIDAS DE

CARTAS A MIS HIJOS

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

Carlos Bueno Vera

Ediciones La uÑa RoTa

Colección Libros del Apuntador

ÍNDICE

Prólogo 9

CARTAS A HAWTHORNE

29 de enero de 1851
Invitación a Arrowhead. 39

16 de abril de 1851
Sobre *La casa de los siete tejados,*
de Hawthorne 41

1 de junio de 1851
Moby Dick 45

29 de junio de 1851
El lema secreto de *Moby Dick*. 55

22 de julio de 1851
Una nota de agradecimiento 59

17 de noviembre de 1851
Emotiva respuesta a los elogios
de *Moby Dick* por parte de Hawthorne 61

17 de julio de 1852
Sobre el éxito de Hawthorne como escritor 67

13 de agosto de 1852
«La carta Agatha» 71
Carta del abogado John H. Clifford 79

25 de octubre de 1852
Más sugerencias a propósito de «Agatha» 85

Entre el 3 y 13 de diciembre de 1852
Reivindicación de «Agatha» 89

CARTAS A MIS HIJOS

A Malcolm Melville:
1 y 16 de septiembre de 1860 93

A Elizabeth Melville:
2 de septiembre de 1860 99

AMISTAD Y BÚSQUEDA EN MELVILLE

Carlos Bueno Vera

I

Cuando a mediados del siglo XIX los dos protagonistas de estas cartas se conocen, la literatura norteamericana empieza a tener una identidad propia. En el siglo XVIII abundaban las publicaciones de textos de carácter religioso y político escritos por peregrinos y colonos en forma de poemas, ensayos, discursos y artículos periodísticos. También se publicaban diarios y relatos autobiográficos de entre los que destacaban, por su popularidad, los de «cautiverio», que narraban las peripecias de colonos presos por indios nativos. Puede sorprender, para un lector contemporáneo, la poca presencia de la novela, siempre cercana al género gótico y, de alguna forma, epigonal de la británica. La explicación posiblemente guarde relación con el dogma protestante: la lectura de ficción era un divertimento que un colono no podía permitirse habida cuenta de que su misión consistía en mantener a la familia y luchar por la supervivencia en un mundo aún sin civilizar. Se la consideraba, por tanto, perniciosa e inmoral.

No fue sino hasta el siglo XIX que la ficción empieza a extenderse gracias a los cuentos y poemas románticos de Washington Irving y E. A. Poe; así como al tras-

cendentalismo, una nueva corriente filosófica influida por el ideario ilustrado que Emerson y Thoreau introducían en sus discursos y, sobre todo, en sus ensayos, los emblemáticos *Nature* y *Walden*. Es el siglo de *Hojas de hierba* de Whitman, publicada por primera vez en 1855, y de la poesía de Emily Dickinson, si bien apenas la publicaron en vida una docena de poemas –la mayor parte, por cierto, «arreglados» por sus editores–, de los miles de versos que escribió recluida en la casa familiar, en Amherst. Pero serán Hawthorne y Melville los primeros en emplear los recursos de la novela para hablar de la vida y las preocupaciones de sus conciudadanos y, de ese modo, adquirir motivos y temas que hoy consideramos genuinamente estadounidenses. Sí, con ellos nació una nueva literatura que, parafraseando las palabras que Emerson pronunció en su famosa conferencia *El intelectual norteamericano*, de 1837, «caminará sobre sus propios pies, trabajará con sus propias manos y se expresará con ideas propias»[1].

II

Hawthorne y Melville se conocieron el 5 de agosto de 1850, en una excursión por Monument Mountain, en Berkshire, organizada por David Dudley Field. El paseo coincidía con una visita de los Melville a la casa de un familiar que vivía en Pittsfield. Su primera conversación tuvo lugar en plena ascensión a la montaña, cuando

a causa de una tormenta de verano se refugiaron bajo un parapeto, en una hendidura de las rocas. Hablaron durante las dos horas que duró la tromba de agua. Después de coronar la montaña Monument, siguieron charlando durante el picnic con gran complicidad según testimonios que se conservan de ese primer encuentro. En ese momento Hawthorne tenía cuarenta y seis años y Melville tenía treinta y uno. Hawthorne ya había leído *Taipi*, que había reseñado favorablemente, y Melville también estaba convencido del genio de Hawthorne, tras haber leído su novela *Musgos de una vieja rectoría*[2].

Unos meses después, en otoño de 1850, Melville se traslada con su familia a Arrowhead, una granja en los Berkshires, en la parte occidental de Massachusetts, cerca de Pittsfield, en busca de la paz y la tranquilidad que necesita para escribir y que no encuentra en la bulliciosa ciudad de Nueva York. Desde mayo de ese mismo año, Nathaniel Hawthorne vive con su esposa, Sophia Peabody, y sus hijos, Julian y Una, en una granja de color rojo, en Lenox, también en el condado de Berkshire. Allí escribirá algunas de sus principales novelas, como *La letra escarlata,* que publica en 1850, su primer gran éxito comercial y de crítica[3], o *La casa de los siete tejados,* que afianzó su reputación y que llevó a la crítica a considerarlo como el mejor novelista que habían dado los Estados Unidos. Entre las granjas de Pittsfield y Lenox había algo más de nueve kilómetros y medio (como escribe Melville en la carta del 16 de abril de 1851) con lo que no es muy aventurado decir

que eran prácticamente vecinos y que la distancia que había entre ambas granjas se podía recorrer tanto a pie como a caballo.

A partir de aquel primer encuentro, nace una amistad que, por lo que se lee en estas cartas, a lo largo de dos años se desarrolló extraordinariamente cercana e íntima. Melville pasaba muchas noches en casa de los Hawthorne y les contaba historias de sus viajes y peripecias por los mares del Sur que Julian, el primogénito de los Hawthorne, de cinco años, escuchaba fascinado. Sophia Hawthorne recuerda a un Melville «lleno de gestos y fuerza [hasta que] su brío daba paso a una expresión singular de calma que emergía de sus ojos... una mirada introvertida y débil [...], extraña e imprecisa»[4], y estaba convencida de que, entre todos sus contemporáneos, sólo Melville había sido capaz de captar la profundidad de la obra literaria de su marido.

Los dos novelistas conversaban hasta altas horas de la noche de lo divino y de lo humano. En aquella época coincidían en la forma de entender los misterios del mundo y tenían una concepción de la existencia parecida. Como dice Italo Calvino, su visión del pecado –un tema recurrente en la obra de ambos– es igual de «misteriosa, indefinible y llena de sombras»[5]. Esta es la visión del pecado que plasmó Melville en *Moby Dick*, y que Hawthorne admiró.

En *Veinte días con Julian y Conejito*, un librito póstumo, autobiográfico, Hawthorne anota lo siguiente a partir de un encuentro casual con Melville:

> Estaba en ello [sentado en un banco leyendo los periódicos], cuando un jinete que pasaba por la carretera me saludó en español, y yo le respondí tocándome el ala del sombrero y seguí leyendo el periódico. Pero, como el jinete me repitiera su saludo, me fijé más atentamente en él y vi que era ¡Herman Melville! Así que Julian y yo nos apresuramos a salir a la carretera, y nos saludamos, y seguimos todos juntos camino a casa conversando sin parar durante el trayecto. El señor Melville no tardó en apearse del caballo e instaló a Julian en la silla de montar, y el hombrecito iba la mar de satisfecho, sentado en el caballo con la soltura y la confianza de un experimentado jinete, y así dimos un paseo que se prolongó un kilómetro y medio por lo menos. [...] Después de cenar, acosté a Julian, y Melville y yo tuvimos una charla acerca del tiempo y de la eternidad, de cosas de este mundo y del próximo, de libros y editores, y todo lo posible y lo imposible, que se prolongó hasta muy avanzada la noche y en la que, si hay que decirlo todo, estuvimos fumando cigarros incluso en el sagrado recinto de las paredes de la sala de estar[6].

Una semana después, viajan por el condado de Berkshire y visitan la aldea Shaker de Hancock[7] con Julian y dos amigos comunes. Al día siguiente de la excursión, Julian dijo, tal y como anotó su padre, que «quería al señor Melville tanto como a mí, a mamá y a Una». Un cariño recíproco, según demuestra la carta que Melville le escribe al pequeño Julian el 8 de febrero de 1852 como respuesta a una nota anterior, en la que le dice que le hace «muy feliz» ocupar «un lugar en el corazón de un amiguito tan bueno como tú»[8].

La familia Hawthorne residirá en Lenox sólo dieciocho meses a causa de las múltiples incomodidades de la

casa, de las que Hawthorne se queja a sus amigos con frecuencia. En noviembre de 1851 se trasladarán a Concord, en el condado de Middlesex. Ese mismo mes se publica *Moby Dick*, que Melville dedica al «genio» de Hawthorne[9], y que no cumplirá las expectativas ni del público ni de la crítica. A lo largo de la segunda mitad de 1852, tras la publicación en julio de la última novela de Melville, *Pierre o de las ambigüedades,* que será un nuevo fiasco, la amistad entre Melville y Hawthorne empieza a deteriorarse. No deja de ser sintomático que desde la publicación de *Moby Dick* apenas se vean dos veces más. Y según se deduce de la carta con fecha de diciembre de 1852, que Melville le escribe a Hawthorne tras visitarlo en Concord, la frialdad ya es patente y se podría afirmar que aquel encuentro puso punto y final a su estrecha amistad.

Se volverán a encontrar por última vez en Liverpool, en 1856, ocho años antes de la muerte de Hawthorne. Este se había trasladado a Inglaterra con su familia gracias a un puesto de cónsul que le ofreció el presidente estadounidense Pierce, amigo de juventud. Melville, que estaba de viaje por Europa, se quedó en casa de los Hawthorne tres días. Cuando se encontraron en el consulado, parece que charlaron con una cordialidad similar a la de antaño, cuando eran vecinos en Massachusetts. Así lo anotó Hawthorne en su diario:

Jueves, 20 de noviembre. Hace una semana, el lunes pasado, Herman Melville vino a verme al consulado, pareciéndose mucho a lo que solía ser (un poco más pálido, y quizás un poco más triste), con su grueso abrigo y con la gravedad y la reserva en las formas que son tan particulares suyas. [...] Me sentí extraño al principio, pues es la primera vez que nos vemos desde mi ineficaz intentona ante el general Pierce de conseguir que le nombraran cónsul. [...] Melville no ha estado bien últimamente; ha padecido ataques neurálgicos de cabeza, y en las piernas, y sin duda los ha sufrido por su continua dedicación a la escritura, que no ha cosechado últimamente muchos éxitos, y sus obras, desde hace ya tiempo, indicaban el enfermizo estado de su mente. [...] Lo invité a venir y quedarse con nosotros en Southport todo el tiempo que permaneciese por estos contornos, y lo aceptó, y al día siguiente se vino trayendo consigo, por todo equipaje, el más exiguo de los fardos que, según me dijo, contenía un camisón de dormir y un cepillo de dientes[10].

III

Que la relación entre Melville y Hawthorne haya originado infinidad de elucubraciones e interpretaciones encontradas, puede que se deba a tres motivos: la brevedad de su amistad, que no llega a dos años; la compleja personalidad de sus protagonistas; y la ausencia, ya fuera por extravío o destrucción, de fuentes primarias que pudieran haber permitido conocer más detalles de su ruptura.

Las únicas cartas, un total de diez, que se conservan de su correspondencia están firmadas por Melville. En

cambio, de Hawthorne a Melville sólo ha quedado una, cuyo contenido tiene que ver más bien con lo cotidiano de una vida entre dos buenos vecinos:

Lenox, 27 de marzo, 1851

Querido Melville:

La próxima vez que vaya a Pittsfield (y por lo que tengo entendido, va usted cada día), ¿sería tan amable de preguntar, ya sea en la oficina de la estación o en la de correos, por una caja grande remitida a mi nombre? Esperamos recibirlas uno de estos días y tenemos conocimiento de que ya ha salido de Boston. Debería haber llegado ya, a menos que se haya retrasado en Pittsfield.

Necesitamos un reloj de cocina. Los hay de madera, hechos en Connecticut, excelentes guardianes del tiempo, por un dólar y cincuenta céntimos. Si se pudiera encontrar uno de esta clase en Pittsfield, le agradecería que comprara uno para nosotros.

Una tiene hermosos recuerdos de nuestra visita al castillo de los Melville, y yo también. Mande recuerdos a su señora esposa y a sus hermanas.

Un afectuoso saludo,

Nath Hawthorne

P. D. Querido señor:

¿Podría enviar la caja, que estamos convencidos de que estará en la oficina de Pittsfield, a la estafeta de correos de Lenox? Creo que el encargado se llama Steele. Tendría que haber llegado a Pittsfield el lunes y hoy es jueves noche.

Dudo que pueda encontrar el reloj por menos de dos dólares en su querido pueblo. Si el ebanista pensara hacer un bastidor para la cama que no pudiera montarse y desmontarse con facili-

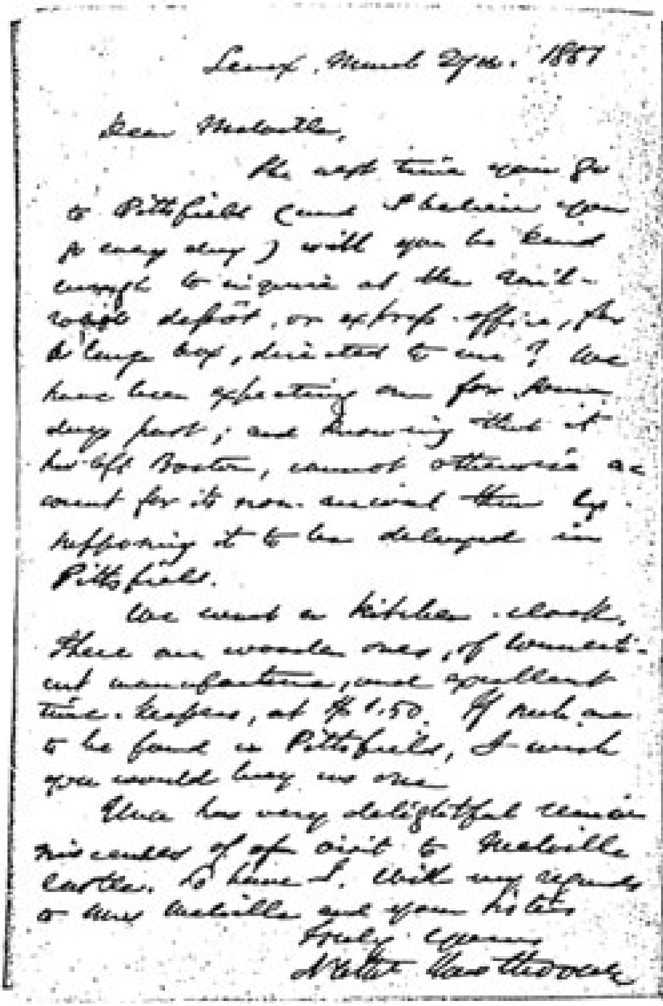
dad, teniendo en cuenta que el somier irá fijo, no creo que valga la pena hacerse con él, y en tal caso, desearía que el ebanista no hiciera nada. ¿Podría decírselo? Le agradecemos cordialmente sus diversas y amables mediaciones. Salude de mi parte a la señora Melville y un afectuoso saludo para usted,

S. A. Hawthorne

P. D. 2ª. El reloj se podría enviar junto con el bastidor para la cama.

N. H.

En comparación con otros autores de la época, de la vida de Melville se sabe con certeza bien poco: se conserva poca correspondencia suya, unas trescientas cartas. Rompía o quemaba la cartas que recibía, pues como el propio Melville le escribe a una conocida suya, Sophia van Matre, tenía el «vil hábito» de destruir todas las cartas que recibía nada más leerlas; asimismo, también tenía por costumbre responder en el acto o simplemente no contestar. Puede que trescientas cartas sean suficientes para, por lo menos, esbozar un estudio de la vida y personalidad de un escritor, pero si las contraponemos a las nueve mil setecientas que se conservan de Benito Pérez Galdós (1843-1920) o las doce mil de Henry James (1843-1916), por nombrar a dos escritores coetáneos, ya no parecen tantas. Los epistolarios han constituido el principal material de un crítico para documentar la biografía de un autor decimonónico, y por eso, en el caso de Melville, la escasez de fuentes directas resulta especialmente



Lenox, March 27th. 1851

Dear Melville,

The next time you go to Pittsfield (and I believe you do so every day) will you be kind enough to inquire at the railroad depot, or express-office, for a large box, directed to me? We have been expecting one for some days past; and knowing that it has left Boston, cannot otherwise account for its non-arrival than by supposing it to be delayed in Pittsfield.

We want a kitchen-clock. There are wooden ones, of Connecticut manufacture, and excellent time-keepers, at $1.50. If such are to be found in Pittsfield, I wish you would buy me one.

Una has very delightful reminiscences of a visit to Melville Castle. So have I. With my regards to Mrs Melville and your sister,

Truly yours,

Nathl Hawthorne

La única carta que se conserva de Nathaniel Hawthorne y Sophia Peabody a Herman Melville. 27 de marzo de 1851.

notable. De igual modo, dejó pocos diarios –algunos de los cuales, además de breves, no resultan, en verdad, muy reveladores–, y lamentablemente ninguno de sus manuscritos ha sobrevivido. Se cree que una gran parte de ellos fueron quemados por los inquilinos que ocuparon Arrowhead, donde Melville escribió sus principales novelas, entre ellas *Moby Dick*, una vez que su familia abandonara definitivamente la granja en 1863[11]; nada sorprendente, porque si bien Melville no era un escritor desconocido, jamás llegó a ser tan famoso como, por ejemplo, lo fue Hawthorne –si se entiende por fama lo que Melville refiere en la carta[12] a Hawthorne del 1 de junio de 1851–, ni tampoco era especialmente popular. No en vano, la novela que más se vendió en vida del autor, y por la que era conocido, fue *Taipi*, la primera que escribió y publicó en 1846.

La personalidad de Hawthorne no es menos conflictiva para sus biógrafos: se sabe de su discreción, de sus gustos hogareños, de su carácter retraído, huidizo y, como señala Paul Auster, de su «costumbre de esconderse tras peñas y árboles para evitar hablar con la gente que lo conocía»[13]. Henry James, gran lector de Hawthorne, dijo de él que llevó una vida «poco o nada interesante» y que era «lo opuesto a un hombre de acción».

¿Qué se puede entonces deducir de la relación entre Melville y Hawthorne? Wyn Kelley, especialista en la obra de Melville, resume con bastante claridad la manera en que, en los últimos tiempos, la crítica ha abordado la importante amistad que les unió. En su

último artículo, hasta la fecha, sobre el asunto[14], Kelley dice que tiende a bascular entre una amistad que se frustró y un romance abortado. En este sentido, no son pocos los críticos que se aventuran a sugerir un enamoramiento de Melville por Hawthorne. Si entre Nathaniel y Sophia Hawthorne se conserva un buen número de cartas de amor, de las que se desprende el fervor y la admiración que Nathaniel Hawthorne sintió toda su vida por su esposa Sophia desde el momento en que se conocieron, en cambio, de Melville a su esposa sólo ha quedado una carta, de 1861, en la que Herman se limita a contarle a Elizabeth su infructuosa búsqueda de trabajo en Washington. Según los biógrafos, no se conserva ningún documento o testimonio que asegure que en algún momento su matrimonio fuera feliz. Es más, se piensa que el matrimonio Melville, que duró algo más de cuarenta años, hasta la muerte del escritor, fue poco más que una relación estable, «contractual» como se ha llegado a definir[15], con múltiples altibajos a causa, básicamente, del carácter impetuoso e imprevisible del novelista y de su alcoholismo, que con los años fue a más, y su consecuente inestabilidad emocional y mental. Sin embargo, como se ha dicho, los detalles de su vida matrimonial no se saben con certeza, y la felicidad o infelicidad del matrimonio sólo puede cimentarse en hipótesis. Lo que sí se sabe, sin embargo, es que poco antes de morir, Melville le expresó a Lizzie «su gratitud por los largos años que ella pasó como señora Melville, una vocación –dice

Elizabeth Hardwich[16]– que seguro que ella no esperaba sentir en su juventud».

Quienes consideran que hubo una historia de amor entre Melville y Hawthorne basan su análisis en la homosexualidad del autor de *Moby Dick* a través de la interpretación de estas cartas y, sobre todo, de su obra literaria, y principalmente ponen de relieve los pasajes en los que propio Melville deja entrever relaciones homoeróticas entre los miembros de las tripulaciones que aparecen especialmente en sus primeras novelas. Sea como fuere, visto que no hay pruebas, lo más sensato sigue siendo considerar dicha hipótesis con máxima cautela y centrarse en otros asuntos de mayor interés.

1852 y 1853 son años difíciles para Melville. Por un lado, sufre la decepción de su amistad con Hawthorne y, por otro, vive el fracaso de su carrera como escritor. *Moby Dick*, que los críticos no supieron apreciar en toda su dimensión, no terminaba de funcionar comercialmente, y *Pierre o las ambigüedades*, cuya composición le dejó exhausto, significó uno de los mayores descalabros de su carrera. No en vano, por esta novela en una reseña de la época se le tildó, sin ambages, de «loco»[17].

Pero estos años son también de capital importancia para entender la vida y obra posterior del novelista y poeta[18], a quien todavía le quedaban por escribir relatos hoy considerados obras maestras como *Bartleby, el escribiente*, *Benito Cereno* y la inconclusa *Billy Budd, marinero*.

[29 de enero (?) de 1851]

Pittsfield, miércoles

Ese golpe al soslayo de la señora Hawthorne no lo acepto. No estoy dispuesto a consentir que ningún *ardid de sirena* me prive de mi prometido placer. A *usted,* señor, lo hago responsable, y la visita (en toda su integridad original) debe cumplirse. ¡Qué cosas! ¿Pasar el día con nosotros solos? Ni que decir tiene que un groenlandés podría de igual modo hablar de pasar el día con un amigo aun cuando el día no fuera más largo que una pulgada.

Como ya le dije, mi mejor coche de caballos esperará a su puerta, con capacidad de sobra no sólo para acomodar a toda su familia, sino también para acoger el equipaje que sea necesario.

No tema causarnos ninguna molestia en lo más mínimo. Su cama ya está preparada y la leña separada para su fuego. Pero hace tan sólo un momento he mirado a los ojos de dos aves de corral, cuyas colas fueron dentadas, y las he destinado como víctimas para la mesa. Guardo todo el tiempo la palabra «bienvenidos» en la boca para pronunciarla en el instante en que crucen el umbral de la puerta.

(Ya sabe que los antiguos romanos grababan la palabra *Salve* en el umbral de sus casas.)

Otra cosa, señor Hawthorne: no piense que viene a una casa absurda, aunque normalmente sea absurda.

Apenas lo incordiaremos con minucias. Puede hacer lo que le plazca, y decir o *no* decir lo que le parezca. Y si le entraran ganas de hacer alguna cosa en particular, como quedarse todo el tiempo de su visita en la cama, si eso le apeteciera, no habría inconveniente alguno.

Ya verá, le espera un magnífico jerez Montado y un oporto de lo más potente. Tomaremos vino caliente especiado con sensatez y tostadas con relatos e historias jocosas y daremos cuenta de varias botellas desde primera hora de la mañana hasta que anochezca.

Venga, no se lo digo en broma. Si no viene usted, mandaré un agente de la policía que vaya a buscarlo.

Hasta el miércoles, pues. De permitirlo el tiempo y el trineo bajaré por ustedes sobre las once de la mañana.

Por cierto, si su señora esposa, por lo que fuera, llegara a la conclusión de que no puede pasar la noche en nuestra casa, eso no es excusa para que *usted* sí se quede (con los niños, si le apetece).

H. Melville

[16 de abril (?) de 1851]

Pittsfield, miércoles por la mañana

Mi querido Hawthorne:

En lo concerniente a los zapatos de su pequeño hijo, debo decir que un par que le valgan del modelo deseado no puede encontrarse en todo Pittsfield, un hecho que tristemente daña ese orgullo metropolitano que otrora forjé en la capital de Berkshire. En lo sucesivo, Pittsfield tendrá que agachar la cabeza. No obstante, si un par de *botines* pudieran servir, a Pittsfield le alegraría mucho suministrárselos. Haga mención de todo esto a su señora esposa, y dígame qué hacer.

«*La casa de los siete tejados. Un romance*. Por Nathaniel Hawthorne. Un tomo, 16vº, 334 págs.». El contenido de este libro no contradice su romántico, sólido y brillante título. Con gran placer hemos pasado casi una hora en cada uno de los tejados. Este libro es como una antigua y bella cámara, abundantemente amueblada, aunque de manera juiciosa, con esa clase de mobiliario que encaja a la perfección. Hay magníficos tapices, que recogen escenas de tragedias. Hay porcelana antigua con emblemas singulares, expuestos sobre una encimera tallada; hay largas e indolentes estancias en las que uno entraría sólo para holgazanear; un aparador asombroso provisto copiosamente de buenas viandas; un olor como de vino

envejecido en la despensa; y, finalmente, en un rincón, hay un pequeño y oscuro volumen, con letra gótica y cierres dorados, cuyo título es «Hawthorne: un problema». Nos ha encantado. El libro invita a que sea leído de nuevo. Nos ha robado un día entero y también nos ha regalado todo un año de reflexión. Nos ha alegrado recordar que el arquitecto de los Tejados reside a tan sólo nueve kilómetros y medio y no a cinco mil kilómetros, en Inglaterra, por ejemplo. Pensamos que el libro supera en interés a las otras obras del autor. En este ha descorrido las cortinas, entra más sol y es más jovial. Si hubiéramos de destacar aquello que más nos sorprende de sus profundos pasajes, señalaríamos la escena en la que Clifford, por un momento y de buen grado, se lanzaría por la ventana para unirse a la procesión; o la escena en la que el juez es abandonado en su silla ancestral. Clifford es presa de una verdad horrible de principio a fin. Ha sido concebido con el más delicado y verdadero de los espíritus. No es ninguna caricatura. Es Clifford. Y aquí habríamos de añadir que, de permitirlo las circunstancias, no hubiéramos preferido otra cosa que consagrar un minucioso y esmerado artículo al estudio y análisis del sentido y significado de lo que subyace con tanta fuerza en los escritos de su autor. Hay una trágica etapa de la humanidad que, en nuestra opinión, nunca ha sido encarnada con el vigor suficiente con el que lo expresa Hawthorne. Nos referimos a la *tragicalidad* del pensamiento humano que atraviesa lo imparcial, originario y profundo de sus obras. Pensamos que en ninguna otra mente, de la que se

tenga registro, se ha adentrado tan hondo como en este hombre el intenso sentimiento de una verdad visible. Por «verdad visible» nos referimos a la aprehensión de la condición entera del momento presente tal y como alcanza a ver el ojo de aquel que no la teme, aunque le causen el mayor mal; el hombre que, como Rusia o el Imperio Británico, se declara naturaleza soberana (de sí mismo) en medio de los poderes del cielo, del infierno y de la tierra. Podrá perecer, pero mientras exista, persistirá en tratar con todos los Poderes del mismo modo. Si cualquiera de esos otros Poderes escoge no revelar algún secreto, que así sea; eso no afecta a la soberanía de mí mismo; eso no me convierte en un estado tributario. Y, quizá, después de todo, *no* haya secreto alguno. Nos sentimos tentados a pensar que el Problema del Universo es como el poderosísimo secreto de los masones, tan espantoso para cualquier niño. Resulta que, al final, se compone de una escuadra, un mazo y un mandil. Nada más. Nos sentimos tentados a pensar que Dios no puede explicar Sus propios secretos y que Él mismo querría obtener algo de información sobre algunos asuntos. Nosotros, mortales, lo asombramos tanto a Él como Él a nosotros. Pero he aquí la *Esencia* de todo esto; allí está el nudo con el que nos ahogamos. Tan pronto dices: *Yo*, un *Dios*, una *Naturaleza*, saltas del taburete y quedas colgando de la viga. Sí, el verdugo es la palabra. Saca a Dios del diccionario y Lo tendrás en la calle.

Ahí está la gran verdad sobre Nathaniel Hawthorne. Él dice ¡NO! entre rayos y truenos; el Diablo no podrá

hacerle decir *sí*. Pues todos los hombres que dicen *sí,* mienten; y todos los hombres que dicen *no*... Vaya, esos están entre los de la feliz condición de los juiciosos viajeros que, liberados de toda carga, vagan desocupados por toda Europa: cruzan las fronteras hacia la Eternidad sin nada encima excepto un bolso de viaje, esto es, el Ego. Mientras que los burgueses del *sí,* que viajan con pilas de equipaje, ¡malditos sean!, nunca conseguirán cruzar la aduana. ¿Cuál es la razón, señor Hawthorne, por la que, en las últimas fases de la metafísica, uno cae siempre en la vulgaridad? Podría explayarme durante una hora. Como ve, comencé con una breve crítica que extraje para su beneficio del *Pittsfield Secret Review* y aquí me tiene, desembarcando en África.

Baje alguna mañana a verme. No lo digo en broma; venga. Mande recuerdos de mi parte a su señora esposa y a los niños.

H. Melville

P. D. El matrimonio de Phoebe con el daguerrotipador es un buen punto, porque así termina por ser una *Maule*. Si por un casual pasara delante de la tienda de a dos el cuarto de Hepzibah, cómpreme una Jim Crow (fresca) y hágamela llegar a través de Ned Higgins[1].

1. Esta posdata es un guiño a la novela de Hawthorne, *La casa de los siete tejados.*